

sus recuerdos debían imprimir en los jueces del rey. Maillard, Fournier el Americano y Jourdan Corta-cabezas daban órdenes por signos á sus antiguos cómplices y les designaban con una ojeada los nombres y los rostros que debían observar y retener. Era preciso desfilarse á su vista para entrar en la sala; parecía que escribían las señas en su memoria. Eran las estatuas del asesinato, colocadas á las puertas del tribunal del pueblo para mandar la muerte; todos los diputados tenían que tropezar con ellos al entrar.

Hasta la sala estaba iluminada con desigualdad. Las lámparas de la mesa y la araña que pendía de la bóveda arrojaban sobre algunos puestos una brillante luz, y dejaban otros en la oscuridad. Las tribunas públicas, cuyas graderías en anfiteatro bajaban cerca de los elevados bancos de la Montaña, con los que se confundían como en los circos romanos, estaban atestadas de espectadores. Como en los espectáculos antiguos, se veían sentadas en las primeras filas de aquellas tribunas muchas mujeres jóvenes, adornadas con lazos tricolores, hablando entre ellas con indiferencia, gesticulando y sonriendo, sin recobrar su seriedad y su atenta actitud sino para contar los votos y marcarlos sobre una tarjeta con la punta de un alfiler en el momento en que estos votos salían de la tribuna. Los criados de la sala circulaban entre las gradas con bandejas llenas de sorbetes, de helados y de naranjas, que distribuían á aquellas mujeres. Sobre las gradas más elevadas, los hombres del pueblo, con los trajes diarios de sus diversas condiciones, se mantenían en pié, repitiéndose en alta voz los unos á los otros el nombre y el voto del diputado á quien acababan de llamar, y siguiéndole con aplausos ó con murmullos hasta que llegaba á su banco. Los primeros de aquellas tribunas populares estaban ocupados por los muchachos de las carnicerías, con sus mandiles ensangrentados levantados de un lado y sujetos á la cintura, y el mango de los largos cuchillos de su profesión saliendo como á propósito de los pliegues de la tela que les servía de funda.

El espacio vacío al pié de la mesa, la barra, las cercanías de las puertas y las entradas que conducían á los bancos de los diputados y á las tribunas públicas, todo estaba agitado con el paso continuo de diputados mezclados con los espectadores que, no habiendo podido hallar sitio en las tribunas, penetraron en el recinto reservado á los legisladores. Estos grupos, que se abrían para dejar pasar á los representantes llamados á la tribuna ó á los que bajaban de ella, parecían ménos un auditorio delante de un tribunal, que la confusión de una plaza pública.

Sólo cesaba el movimiento cuando el nombre de un diputado influyente, pronunciado por la voz del ujier, hacía levantar la vista hácia el votante para sorprender con anticipación en su actitud y en el movimiento de sus labios la vida ó la muerte que iba á pronunciar. Los bancos de los diputados estaban casi vacíos; cansados de una sesión de quince horas, que debía durar sin interrupción hasta el fin del juicio, los unos, repartidos en pequeños grupos á lo último de los bancos elevados, hablaban entre sí á media voz con la actitud de la paciencia resignada; otros, con las piernas extendidas y el cuerpo echado atrás, con los codos apoyados en el respaldo de su desierto banco, se adormecían bajo el peso de sus pensamientos, y sólo se despertaban con los grandes clamores que de tiempo en tiempo producía un voto más enérgicamente motivado. El mayor número, impelido continuamente de un sitio á otro por la agitación interior de sus ideas, no hacía

más que salir de la sala y volver á entrar. Se les veía pasar de un grupo á otro, decir rápidamente y en voz baja medias palabras á sus colegas, escribir sobre sus rodillas, borrar lo que habían escrito, escribir de nuevo su voto, volverle á borrar, hasta que el llamamiento del ujier, sorprendiéndoles en esta indecisión, les arrancaba de los labios la palabra fatal, que un minuto más hubiera cambiado por la contraria, y de la que se arrepentían quizá ántes de haberla pronunciado.

## III

Los primeros votos que oyó la Asamblea dejaban la incertidumbre en los ánimos. La *muerte* y el *destierro* parecían balancearse en número igual en el alternativo sonido de los votos. La suerte del rey iba á depender del primero que pronunciase uno de los jefes del partido girondino. Este voto significaría sin duda el voto probable de todo el partido, y el número de los hombres unidos á él determinaría irrevocablemente la mayoría. Por consiguiente, la vida y la muerte estaban, en cierto modo, selladas en los labios de Vergniaud.

Se esperaba con ansiedad que el órden alfabético de la votación nominal de los departamentos, llegando á la letra G, llamase los diputados de la Gironda á la tribuna. Vergniaud debía presentarse el primero. Se recordaba su inmortal discurso contra Robespierre para disputar el juicio del rey destronado á sus enemigos; se conocía su repugnancia y su horror por el partido que quería suplicios; se repetían las conversaciones confidenciales en las que había confesado veinte veces su sensibilidad por la suerte de un príncipe cuyo mayor crimen á sus ojos era una debilidad que casi llegaba á la inocencia; se sabía que la víspera, y aún algunas horas ántes del escrutinio, comiendo Vergniaud con una mujer que se compadecía de los cautivos del Temple, había jurado por su elocuencia y por su vida que salvaría al rey. Ninguno dudaba de su valor; éste estaba escrito en aquel mismo momento en la calma de su frente y en los pliegues severos de su boca, cerrada á toda confidencia.

Al oír el nombre de Vergniaud cesaron todas las conversaciones, y todas las miradas se dirigieron á él. Subió lentamente las gradas de la tribuna, se recogió un momento, los ojos bajos, como un hombre que reflexiona por última vez ántes de obrar; después, con una voz sorda y como resistiendo en su alma á la sensibilidad que le gritaba, pronunció: *La muerte*.

El silencio de la admiración comprimió el murmullo y hasta la respiración de todos. Robespierre se sonrió casi imperceptiblemente, y en esta sonrisa se creyó descubrir más desprecio que alegría. Danton encogió los hombros y dijo por lo bajo á Brissot: «Alabad á vuestros oradores. Palabras sublimes, actos cobardes. ¿Qué hacer con tales hombres? No me habéis más de ellos: es un partido muerto».

Desapareció la esperanza del alma del pequeño número de los amigos del rey ocultos en el salón y en las tribunas. Conocióse que la mano de Vergniaud había entregado la víctima. En vano pareció retener su voto después de haberle emitido, pidiendo, como Mailhe, que después de haber votado la muerte, la Asamblea deliberase si convenía á la seguridad pública conceder un plazo á la ejecución. Los jacobinos conocieron que, una vez concedida la justicia del decreto, los

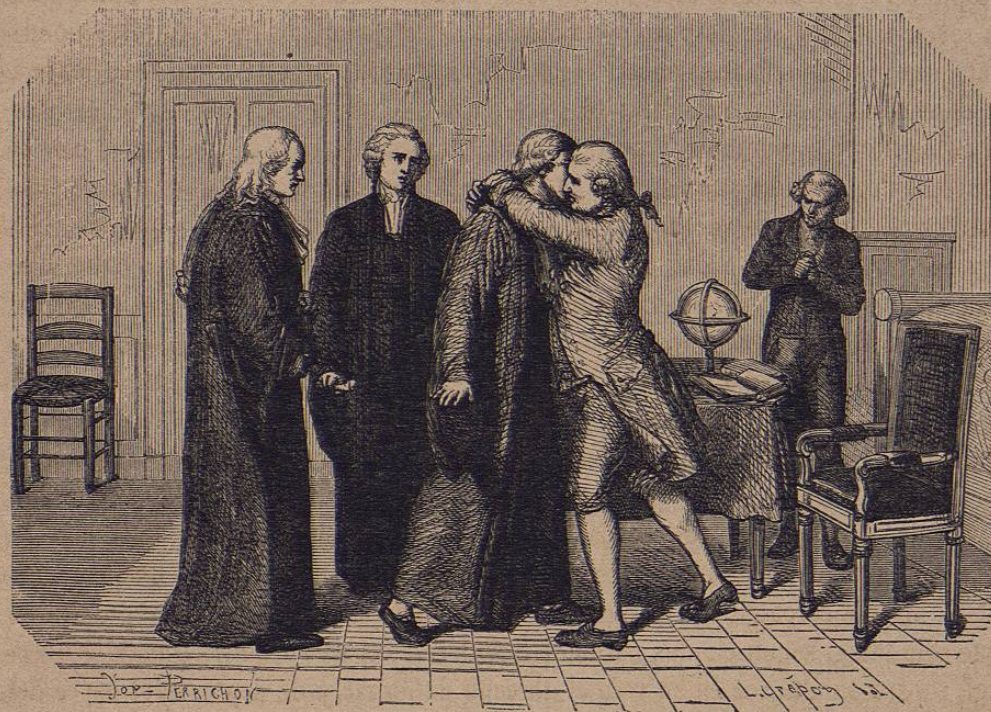
girondinos no les disputarian la urgencia. El mismo Vergniaud declaró que su voto de muerte era independiente del plazo obtenido ó rehusado, lo cual era quitarse de antemano á sí mismo la posibilidad de volver á coger la cabeza que abandonaba. Descendió con la frente baja los escalones de la tribuna, y fué á confundirse entre la multitud.

Prosiguió la votacion. Todos los girondinos, Buzot, Pétion, Barbaroux, Isnard, Lasource, Rebecqui y Brissot, votaron con él la muerte. La mayor parte unieron á su voto la condicion de que se pusiese un plazo para la ejecucion. Fonfrede y Ducos votaron la muerte sin condicion. Sieyes, que en los consejos y en las conferencias secretas de su partido habia insistido más en negar aquella alegría á Robespierre, aquel triunfo á los jacobinos, y aquella sangre estéril y peligrosa para la revolucion; Sieyes, despues de la victoria de los jacobinos en la votacion nominal, juzgó inútil toda resistencia. Dejar á Robespierre sólo este título sangriento á la desesperada confianza del pueblo, era á sus ojos abdicar desde el primer paso el gobierno de la república y quizá la vida. Supuesto que no se podia contener el movimiento, juzgaba era necesario tomar parte en él para dirigirle aún. Sieyes subió cuando le tocó el turno á la tribuna, y sólo pronunció una palabra: *La muerte*. La pronunció con sentimiento y con la frialdad de un geómetra que enuncia un axioma, y con el abatimiento de un vencido que cede á la fatalidad. No añadió á aquella palabra la irónica que se le imputa; su voto fué lacónico, no cruel. Condorcet, fiel á sus principios, rehusó verter sangre; pidió que Luis XVI fuese condenado á la pena más fuerte despues de la muerte. Lanjuinais, Dusaulx, Boissy, D'Anglas, Kersaint, Rabaut Saint-Etienne, Sillery y Salles resistieron al ejemplo de los jefes de su partido y á la intimidacion de los jacobinos: votaron casi todos la reclusion durante la guerra, y el ostracismo despues de la paz. El mismo Manuel, vencido por el espectáculo de los infortunios reales que contemplaba más de cerca en el Temple, votó por la vida. Daunou, filósofo republicano, que sólo tenia, segun él, dos pasiones desinteresadas en su alma, Dios y la libertad, separó en alta voz en su voto el derecho de juzgar y de deponer los reyes del de inmolarlos como víctimas. Demostró que las letras fortifican la justicia en el corazon del escritor ilustrando la inteligencia, y que él habia bebido en el trato literario de los antiguos, con sus máximas de magnanimidad, el valor de practicarlas ante la muerte. La Montaña, casi sin excepcion, votó la muerte. Robespierre, reasumiendo en pocas palabras su primer discurso, trató de conciliar su horror á esta pena con la condenacion que salia de sus labios. Lo hizo diciendo que los tiranos eran una excepcion en la humanidad, y declarando que su ternura por los oprimidos vencia en su alma la piedad por los opresores.

Los diputados de Paris, Marat, Danton, Billaud-Varenes, Legendre, Panis, Sergent, Collot-d'Herbois, Freron, Fabre d'Eglantine, David y Robespierre el jóven, siguieron el ejemplo de Robespierre, y repitieron como un eco monotonamente veintiuna veces seguidas la palabra muerte dirigiéndose á la tribuna.

El duque de Orleans fué el último. Al oír su nombre reinó un profundo silencio. Sillery, su confidente y favorito, habia votado contra la muerte. Se esperaba que el príncipe votaria como su amigo, ó que se recusaria á sí mismo en nombre de la naturaleza y de la sangre, y hasta para con los jacobinos estaba recusado; pero no lo hizo. Subió lentamente á la tribuna, desdobló un papel que tenia en la

mano, y leyó con acento estoico las palabras siguientes: «Únicamente ocupado de mi deber, convencido de que todos aquellos que han atentado ó atenten despues á la soberanía del pueblo merecen la muerte, yo voto á muerte». Estas palabras merecieron silencio y sorpresa al mismo partido á que el duque de Orleans parecia concederlas como una prenda. No se halló en la Montaña una mirada, un gesto ni una voz para aplaudir. Aquellos montañeses, sentenciando á muerte á un rey cautivo y desarmado, podian herir la justicia y consternar la humanidad, pero no la naturaleza. Esta se sublevaba contra el voto del primer príncipe de la sangre. La conmocion se manifestó en seguida en los bancos y en las tribunas de la Asamblea. El duque de Orleans bajó de la tribuna turbado, dudando al ver aque-



Luis XVI abraza á sus defensores.—Pág. 276.

llos primeros síntomas del acto que acababa de consumir. El verdadero heroísmo de la libertad no hace estremecer al corazon humano, ni se tiene horror á lo que se admira. Las virtudes como la de Bruto están tan próximas al crimen, que la conciencia de los mismos republicanos se turbó en presencia de este acto. Sacrificar la naturaleza á las leyes parece bello á primera vista; pero la consanguinidad tambien es una ley, y no hay virtud contra una virtud.

Si este voto era un sacrificio á la libertad, el horror de la Convencion hizo ver al duque de Orleans que no aceptaba el sacrificio; si una prenda, no se le pedia tan grande; si una concesion á su seguridad, pagaba su vida demasiado cara. Atacado ya por los girondinos, apénas tolerado por Robespierre, y cliente de Danton, si hubiese rehusado algo á la Montaña, ésta hubiera pedido su cabeza, y no tuvo bastante grandeza de alma para ofrecérsela. El porvenir se la hubiera pagado más de lo que valia su nombre. El mismo Robespierre, cuando entró por la noche en casa de Duplay, hablando del juicio del rey, parecia protestar contra el voto del duque de Orleans. «¡Desgraciado!—dijo á sus amigos.—Nadie mejor que él

podía haber escuchado su corazón y recusarse; pero no ha querido, ó no se ha atrevido á hacerlo: la nación hubiera sido más magnánima que él.»

El resumen del escrutinio fué largo y lleno de duda y ansiedad. La muerte y la vida, como en una lucha, ganaban ó perdían alternativamente, según la casualidad había agrupado los sufragios en las listas hechas por los secretarios. Parecía que le costaba trabajo al destino pronunciar la palabra fatal. Todos los corazones palpitaban, unos con la esperanza de evitar aquel luto á la revolución, otros por el temor de perder aquella víctima. Por último, se levantó el presidente para pronunciar el fallo. Era Vergniaud. Estaba pálido, se veían temblar sus labios y sus manos, que tenían el papel en que iba á leer el número de los votos. Por un siniestro azar ó por una burla cruel de la elección de sus colegas, el destino de presidente condenaba á Vergniaud á proclamar el decreto de destitución en la Asamblea legislativa, y el de muerte en la Convención. Hubiese querido libertar, á costa de su sangre, la monarquía templada y la vida de Luis XVI, y era llamado dos veces en tres meses para desmentir su corazón y servir de órgano á las opiniones de sus enemigos. Su falsa y cruel situación en estas dos circunstancias era el símbolo de la de todo su partido; Pilatos de la monarquía y del rey, entregando la una al pueblo sin estar convencidos de sus vicios, y el otro á los jacobinos sin estarlo de su crimen; vertiendo en público una sangre que lloraban en secreto, sintiendo en su lengua combatir el remordimiento con la sentencia, y lavándose las manos ante la posteridad.

Un diputado llamado Duchatel se presentó en aquel momento en la Convención, habiéndose hecho conducir envuelto en las mantas de su cama, y en medio de las amenazas, votó con moribunda voz contra la muerte. Se anunció una nueva intervención del rey de España en favor de Luis XVI. Danton tomó la palabra sin pedirla. «Aún no eres rey, Danton», —le dice Louvet. «Estoy admirado—continúa Danton—de la insolencia de una potencia que no teme la pretensión de ejercer influjo sobre nuestra deliberación. Si todos siguiesen mi dictamen, se votaría al momento, sólo por esto, la guerra á España. ¡No reconocen nuestra república, y quieren dictarle leyes! Sin embargo, oígame si se quiere á ese embajador; pero que el presidente le dé una respuesta digna del pueblo de quien es órgano; que le diga que los vencedores de Jemmapes no desmentirán la gloria que han adquirido, y volverán á encontrar su fuerza para exterminar todos los reyes conjurados contra nosotros. Nada de transacción con la tiranía: el pueblo juzgará á sus representantes si éstos le hubiesen vendido.»

Vergniaud, con el acento del dolor, dijo: «Ciudadanos, vais á ejercer un grande acto de justicia. Espero que la humanidad os hará guardar el más religioso silencio. Cuando la justicia ha hablado, debe á su vez escucharse á la humanidad».

Leyó el resultado del escrutinio. La Convención contaba setecientos veintinueve votantes. Trescientos treinta y cuatro habían votado por el destierro ó la prisión; trescientos ochenta y siete por la muerte, contándose en este número los votos de aquellos que la habían votado con condición que sería aplazada la ejecución. La pena de muerte tenía por lo tanto cincuenta y tres votos más que la de destierro; pero deduciendo los cuarenta y seis que la habían pronunciado pidiendo que la ejecución se suspendiese, sólo quedaba una mayoría de siete votos. Así, tres hombres fuera de su lugar variaron el número y cambiaron el juicio. Eran los doce ó

quince jefes de la Gironda, cuya mano había echado el peso decisivo en una balanza casi igual. La muerte, deseo de los jacobinos, fué el acto de los girondinos. Vergniaud y sus amigos se hicieron los ejecutores de Robespierre, y la muerte del tirano, anhelada con pasión por el pueblo, fué una concesión en la Gironda. Los unos pedían aquella cabeza como la señal de salvación de la república, y los otros la daban por salvar su partido. Si el deseo de los unos era ciego é implacable, ¿qué nombre dar á la concesión de los otros? Si en el asesinato por venganza hay un crimen, hay dos en el asesinato por cobardía.

## IV

Mientras se hacía este escrutinio, el rey, privado de comunicación con el exterior desde el día en que se presentó por última vez á sus jueces, sólo sabía que su vida y su muerte estaban en aquel momento en manos de estos hombres. A fuerza de desgracias, de reflexiones y de conformidad interior con la voluntad de Dios, había llegado á ese estado de sublime indiferencia en que el hombre, imparcial entre el temor y la esperanza, sólo tiene preferencia por la decisión del cielo; estado sobrenatural de nuestra alma en que la humanidad, haciéndose superior á sus propios deseos, arrostra todos los insultos de la fortuna, sólo sufre en su cuerpo, y no tiene más deseo que cumplir el decreto de la Providencia. La filosofía daba estos consejos en las adversidades á los sabios de la antigüedad; el catolicismo hacía de esta resignación un dogma, dando desde lo alto de una cruz el ejemplo de ella al mundo moderno.

Contemplaba sin cesar Luis XVI aquella cruz, y divinizaba por ella su suplicio. Hubiera podido estar en comunicación durante aquellos últimos días con su familia, si lo hubiese solicitado. Oía los pasos y la voz de su esposa y de sus hijos á través de las bóvedas que le cubrían; pero temió que la transición cruel de la vida á la muerte, de la esperanza á la desesperación, más sensible aún por la presencia de unos seres amados, enterneciese demasiado su alma y lacerase repetidas veces los corazones de aquellos que amaba. Quiso más beber solo el cáliz de la separación de un solo trago, que hacerle gustar gota á gota á su familia.

Se abrieron las puertas de la torre la mañana del 19, y el rey vió dirigirse hacia él á Mr. de Malesherbes. Se adelantó para salir al encuentro de su amigo. El anciano, echándose á los pies de su señor y bañándose con sus lágrimas, permaneció mucho tiempo sin poder hablar. Como el pintor antiguo que cubrió el rostro del dolor, temiendo manifestarse bastante al vivo el quebranto del corazón humano, Mr. de Malesherbes, mudo, encargó á su actitud y á su silencio que hiciesen comprender la palabra que le estremecía pronunciar. El rey la comprendió y la repitió sin palidecer. Hizo levantar á su amigo, le estrechó en su seno, y sólo pareció ocuparse de consolar y animar al venerable mensajero de su muerte. Se informó con tranquila curiosidad, y como si fuese extraño á su propia suerte, de las circunstancias, del número de sufragios y del voto de algunos de los hombres que conocía en la Convención. «En cuanto á Petion y á Manuel, —dijo á Mr. de Malesherbes,—no tengo que informarme, estoy bien seguro que no han votado mi muerte.» Preguntó cómo había votado su primo el duque de Orleans, y Mr. de Malesherbes se lo dijo. «Ah!—respondió.—Este voto me aflige más que todos los

demás.» Eran éstas las palabras de César al reconocer el rostro de Bruto entre sus asesinos; aquél fué el único que le hizo hablar.

## V

Los ministros Garat y Lebrun, el alcalde Chambon y el procurador de la municipalidad, Chaumette, acompañados de Santerre, del presidente y del fiscal del tribunal criminal, vinieron á notificar al rey su sentencia con todo el aparato de la ley cuando condena á un culpable á perder la vida. De pié, con la frente erguida, la vista fija en sus jueces, escuchó la sentencia de muerte, que debia ejecutarse dentro de veinticuatro horas, con la intrepidez de un justo. Una sola mirada dirigida al cielo pareció ser la apelacion interior de su alma al Juez infalible y soberano. Terminada la lectura, Luis XVI se adelantó hácia Grouvelle, secretario del Consejo ejecutivo, tomó el decreto de sus manos, y le dobló y guardó en su cartera; despues, volviéndose hácia el lado donde estaba Garat, le dijo con una voz en que se notaba el acento real en el acto del que suplica: «Señor ministro de Justicia, os ruego entregueis esta carta á la Convencion». Y dudando Garat tomar el papel, continuó el rey: «Voy á leéroslo. «Pido á la Convencion un plazo de tres dias para prepararme á comparecer delante de Dios. Pido para ello poder ver libremente al eclesiástico que yo indicaré á los comisarios de la municipalidad, y que esté á cubierto de toda pesquisa por el acto de caridad que ejercerá conmigo. Pido que se me libre de la perpetua vigilancia que conmigo se observa desde hace algunos dias. Pido poder ver á mi familia durante estos últimos momentos, cuando lo desee y sin testigos. Desearé que la Convencion se ocupe al momento de la suerte de mi familia, y que le permita retirarse libremente donde juzgare conveniente buscar un asilo. Recomiendo á la benevolencia de la nacion todas las personas que están unidas á mí; hay entre ellas muchos ancianos, mujeres y niños que no tenian más medios de vivir que mis beneficios, y deben estar muy necesitados. — En la torre del Temple, el 20 de Enero de 1793.»

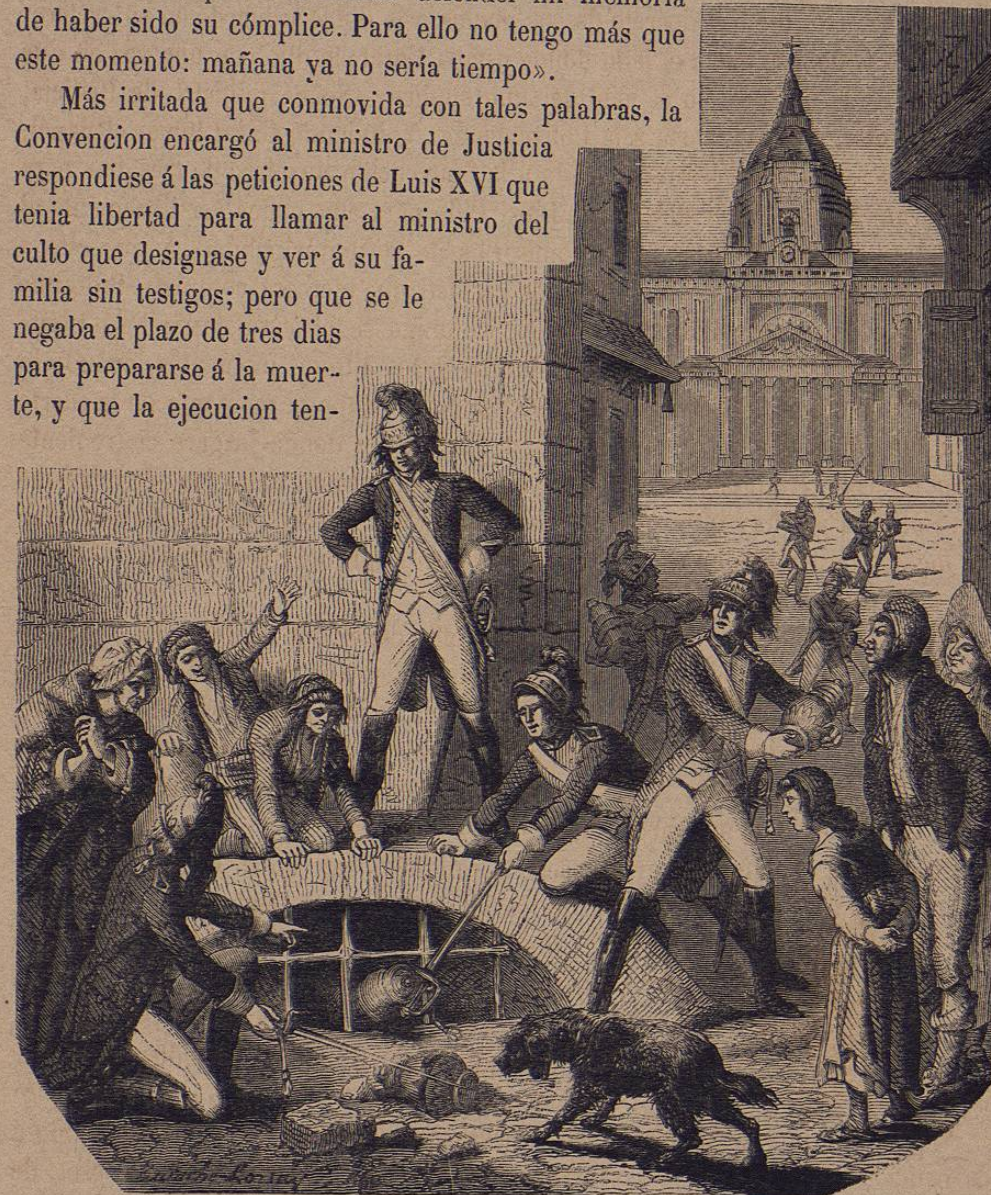
El rey entregó al mismo tiempo á Garat otro papel que contenia las señas de la casa del eclesiástico cuya compañía y consuelos deseaba en su última hora. Este papel, que no estaba escrito de su mano, decia: «Mr. Edgeworth de Firmont, calle del Bac». Garat tomó ambos papeles. El rey dió algunos pasos hácia atras, inclinándose como cuando despedia alguna audiencia de corte, para indicar que queria estar solo. Los ministros salieron.

En seguida comenzó el rey á pasarse tranquilamente en su cuarto y pidió de comer; como no tenia cuchillo, partió los alimentos con la cuchara, y el pan con los dedos. Estas precauciones de los municipales le indignaban más que el decreto de muerte. «¿Me creen bastante cobarde—dijo en alta voz—para arrebatar mi vida á mis enemigos? Me imputan crímenes, pero soy inocente y moriré sin debilidad. Quisiera que mi muerte labrase la felicidad de los franceses, y pudiese conjurar las desgracias que preveo para la nacion.»

Volvieron á la seis Santerre y Garat á traerle la respuesta de la Convencion á sus peticiones. A pesar de los reiterados esfuerzos de Barbaroux, de Brissot, de Buzot, de Petion, de Condorcet, de Chambon y de Tomás Payne, la Convencion habia ya decidido la víspera que se rehusaria todo plazo á la ejecucion. Fournier

el Americano, Jourdan Corta-cabezas y sus satélites levantaron sus sables sobre la cabeza de Barbaroux y de Brissot en el pasadizo de la Convencion, dándoles la eleccion, con la punta del hierro en el pecho, entre el silencio ó la muerte. Aquellos valientes diputados arrojaron ésta, y lucharon cinco horas para obtener el plazo. Cazenave, Brissot, Manuel y Kersaint, este último en una carta que era en aquel momento uno de los más heroicos desafíos á la muerte que podia salir del alma de un ciudadano, protestaron en vano. Una mayoría de treinta y cuatro votos, reunidos por Thuriot, Couthon, Marat y Robespierre, negó el plazo. Hé aquí la carta de Kersaint: «Ciudadanos: Me es imposible soportar la vergüenza de sentarme por más tiempo en el recinto de la Convencion, con hombres sanguinarios, cuando su dictámen, apoyado por el terror, vence al de los hombres de bien, cuando Marat vence á Petion. Si el amor de mi país me ha hecho tolerar la desgracia de ser colega de los panegiristas y de los promotores de los asesinatos del 2 de Setiembre, quiero al ménos defender mi memoria de haber sido su cómplice. Para ello no tengo más que este momento: mañana ya no sería tiempo».

Más irritada que conmovida con tales palabras, la Convencion encargó al ministro de Justicia respondiese á las peticiones de Luis XVI que tenia libertad para llamar al ministro del culto que designase y ver á su familia sin testigos; pero que se le negaba el plazo de tres dias para prepararse á la muerte, y que la ejecucion ten-



Profanacion de las reliquias de Val-de-Grace.—Pág. 288.